

Nº30.

17. OCTUBRE

1926

PÁGINAS

EXTRAORDINARIAS

DE

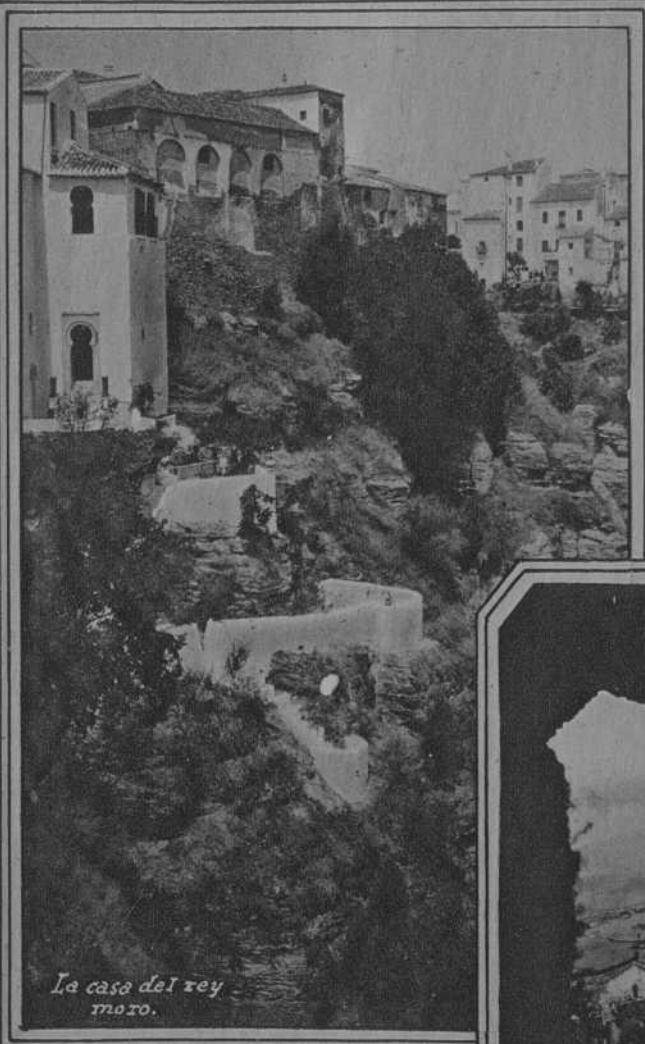
El Día Gráfico.

Los grandes cuadros  
de los  
Museos Españoles.

*La dama de la rosa, cuadro de Van Dyck, en el Museo del Prado.*

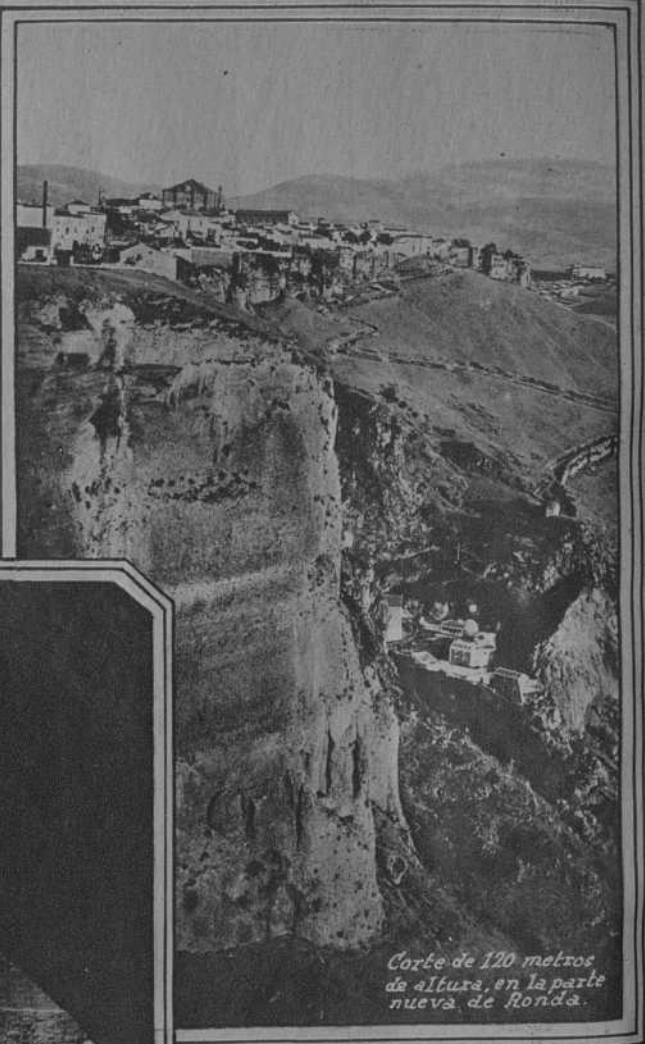


(Bc. H. Portugal. Archivo J. Laurent. y C<sup>ta</sup> Madrid.)

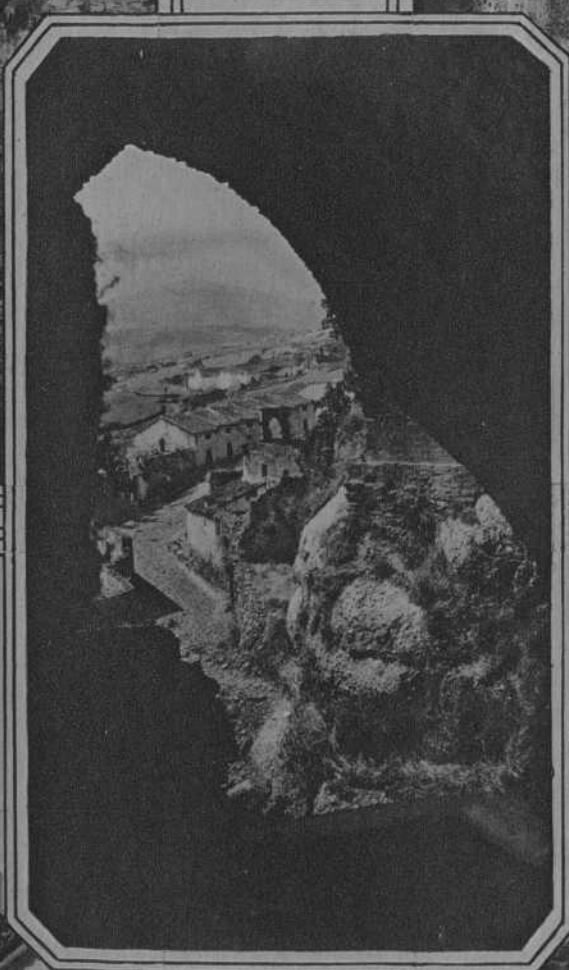


*La casa del rey  
moro.*

Ronda,  
la histórica,  
la pintoresca  
y la de los  
romance?

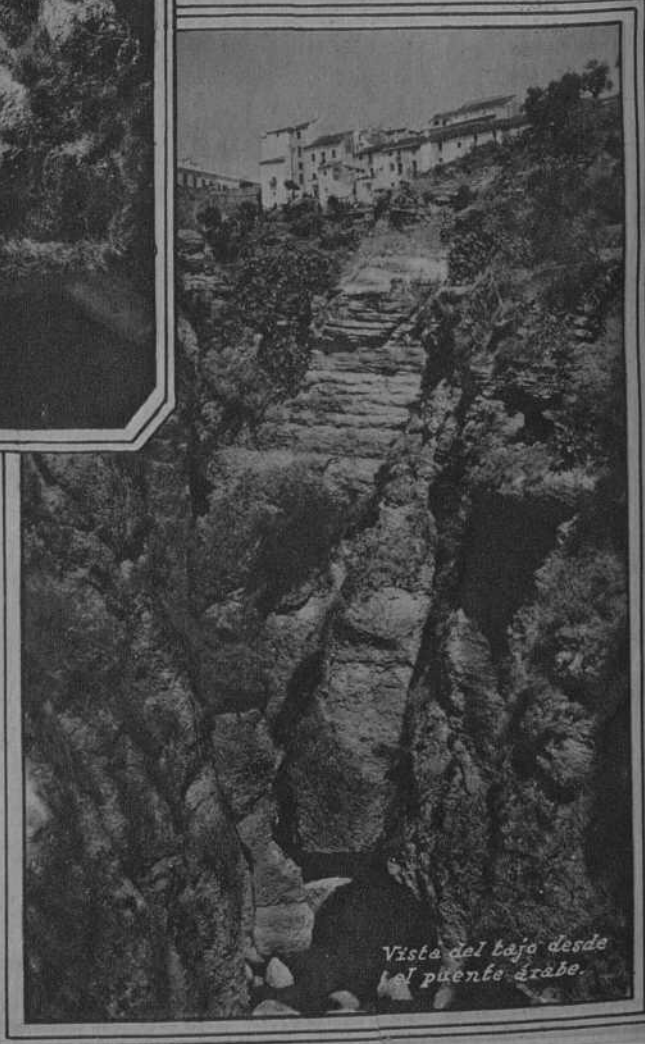


*Corte de 120 metros  
de altura, en la parte  
nueva de Ronda.*



*Torre árabe sirviendo  
de mirador a una casa  
moderna.*

*Arco del puen-  
te árabe sobre  
el profundo ba-  
jo, y al fondo la  
parte baja de  
Ronda.*



*Vista del bajo desde  
el puente árabe.*

*(Fots. Lozano).*

*El mercado  
y el embarque  
de los  
famosos quesos  
de Holanda.*



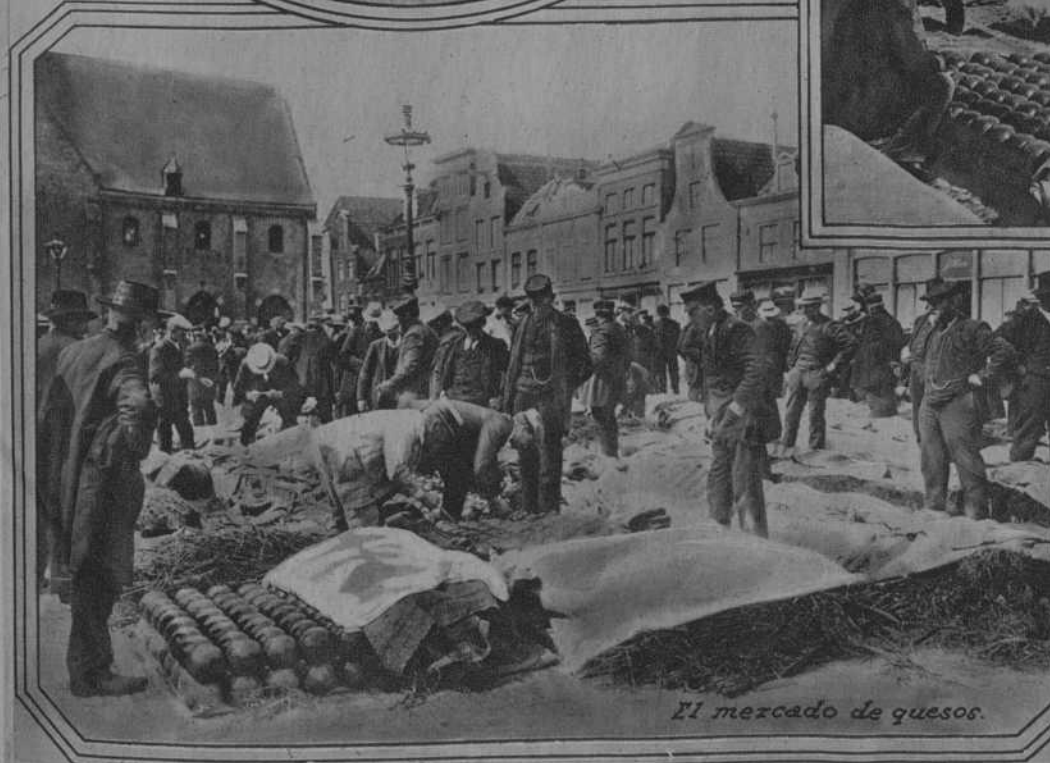
*Embarque de quesos.*



*Transporte de los quesos desde los almacenes.*



*Los muelles llenos de quesos.*

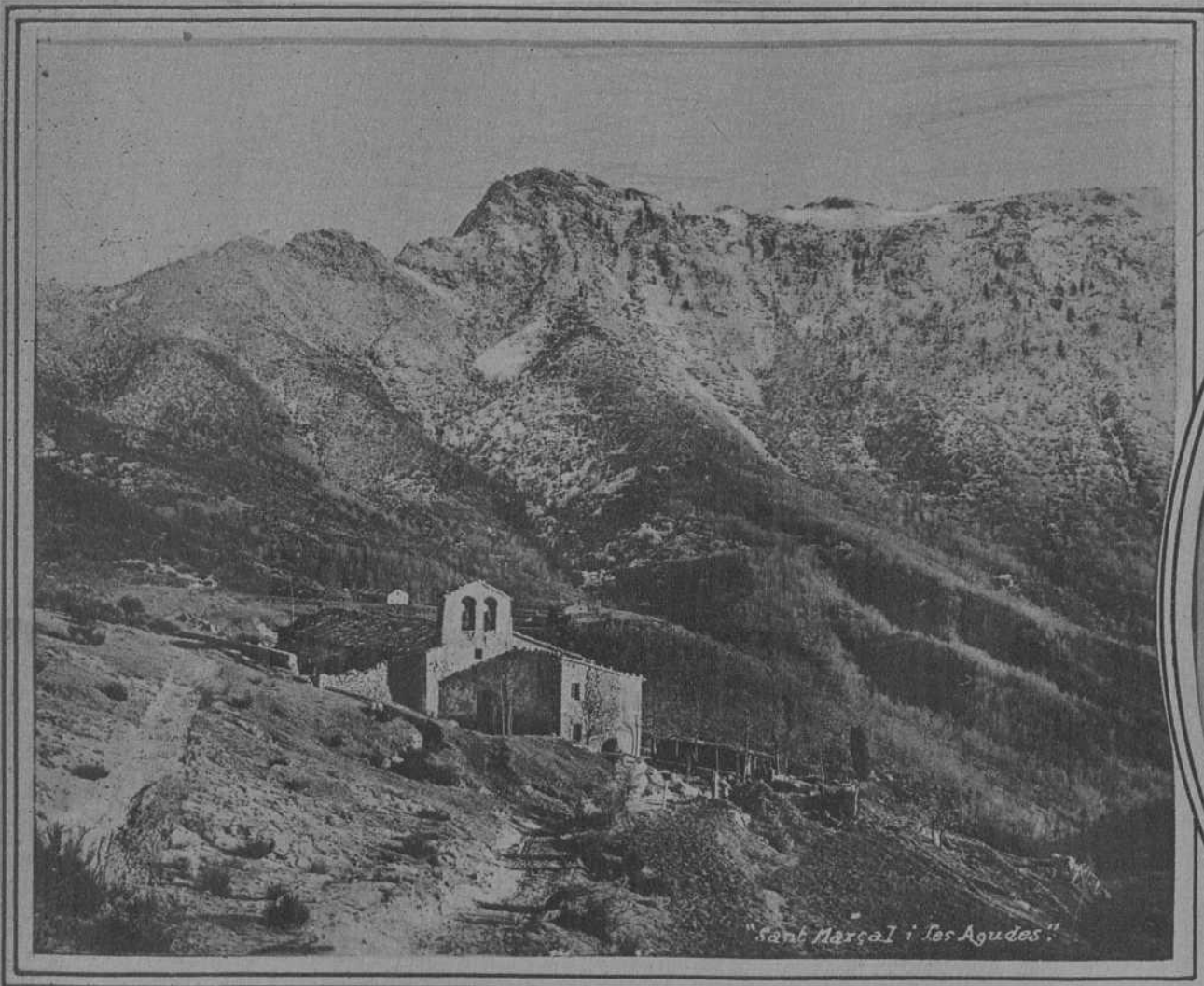


*El mercado de quesos.*

*En las calles de los pueblillos holandeses, sobre todo en Alkmaar, se venden los quesos en montones, como en nuestras calles los melones. Luego, pequeños barcos, salen cargados de quesos hacia Inglaterra, Alemania y Francia, y las rojas bolas pasan a las mesas de los buenos gourmets.*



*(Fots. Charles Trampus.)*



"Sant Marçal i les Agudes"

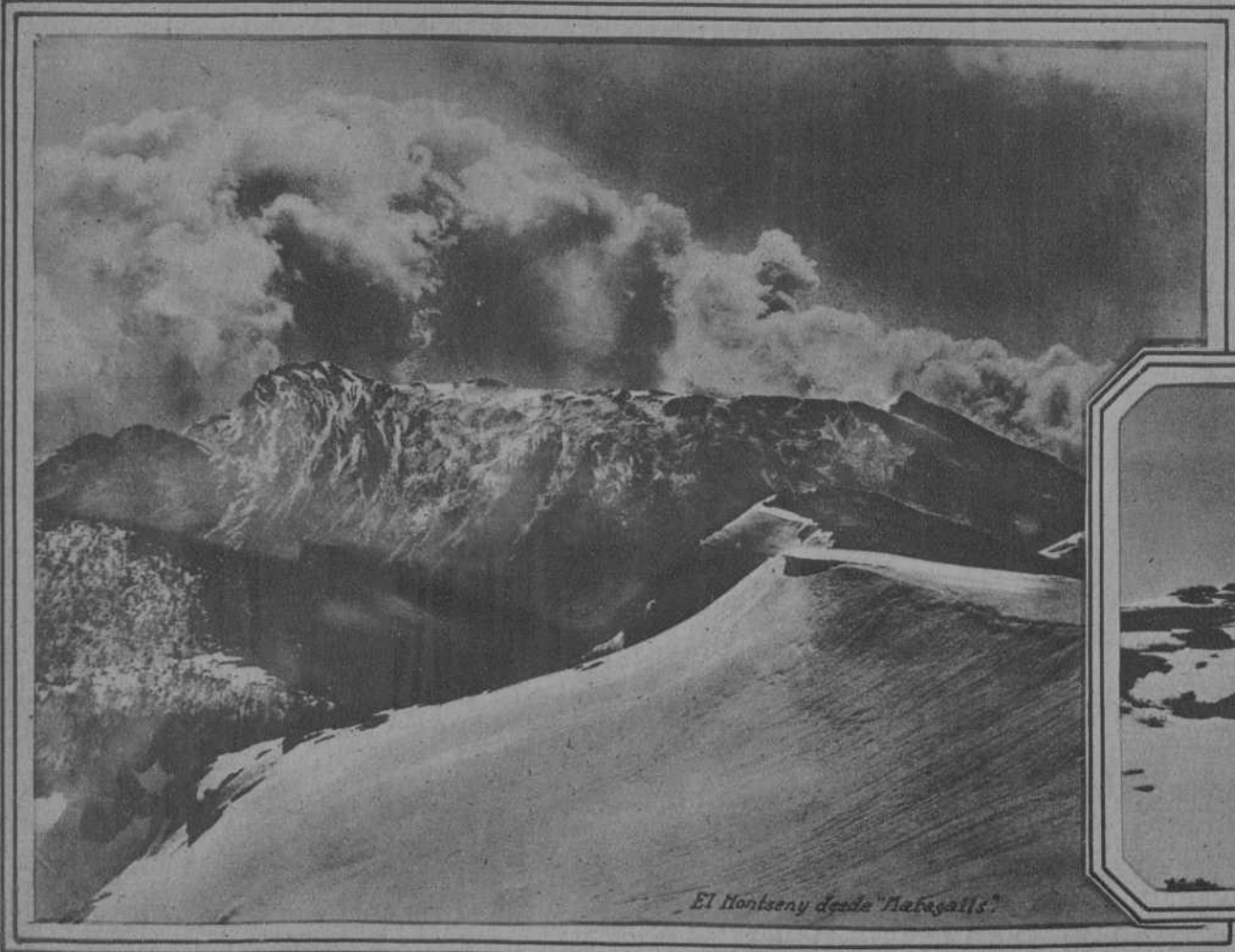
Montserrat



"Creu de les Tres Bisbats"



"Cresta de Les Agudes"



"El Montseny desde Matagalls"



"Creu de Matagalls"



"Vista general del Montseny"

Nuestro Montseny disputa en invierno a los majestuosos pirenaicos, la majestuosidad de sus paisajes y la quietud anabólica de sus cumbres. La nieve que cubre sus vertientes, ofrece al excursionista el encanto de las jornadas alpinas, a pocas horas de nuestra capital.

(Fots. Zerkowitz).

*Las imágenes  
medievales de  
Cataluña.*

*Virgen del Claustro,  
en Solsona.*



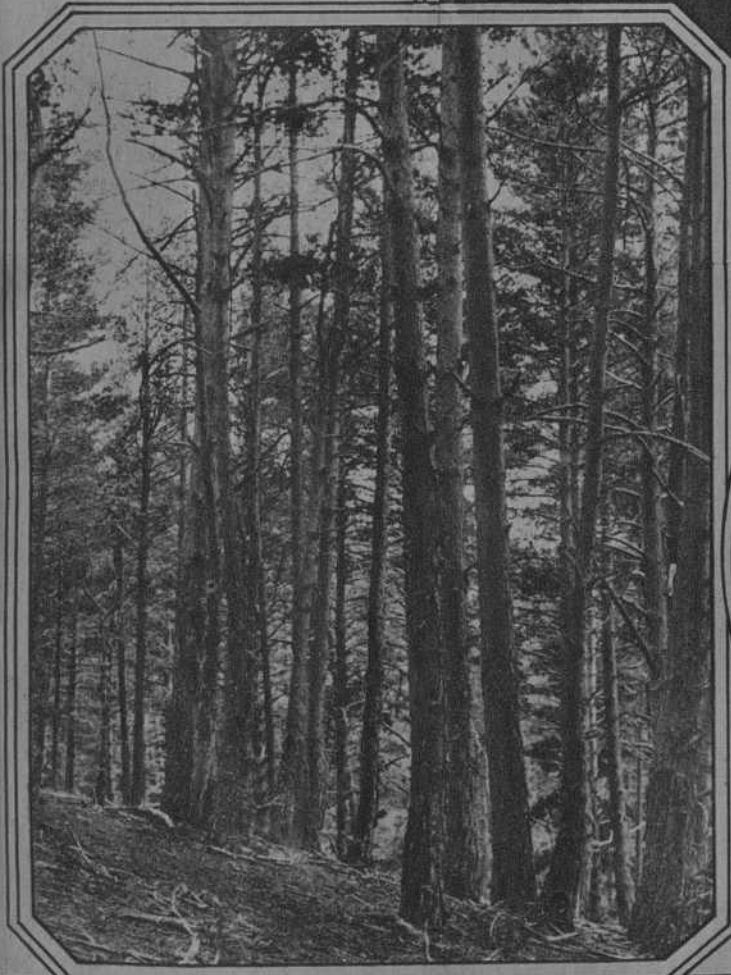
*(Fot. Arxiu Mas)*

# San Juan del Erm.

En las estribaciones del Pirineo, en lo más abrupto de la provincia de Lérida, se hallan, casi desconocidos, los más hermosos bosques de Cataluña. Dominando los altivos abetos, a 1700 metros de altura, álzase la típica ermita de San Juan del Erm, en la que los montañeses de aquellos riscos veneran la vieja imagen del Cristo románico.



Bosque de abetos.



Vista del bosque de pinos.



(Fots. Gordó).

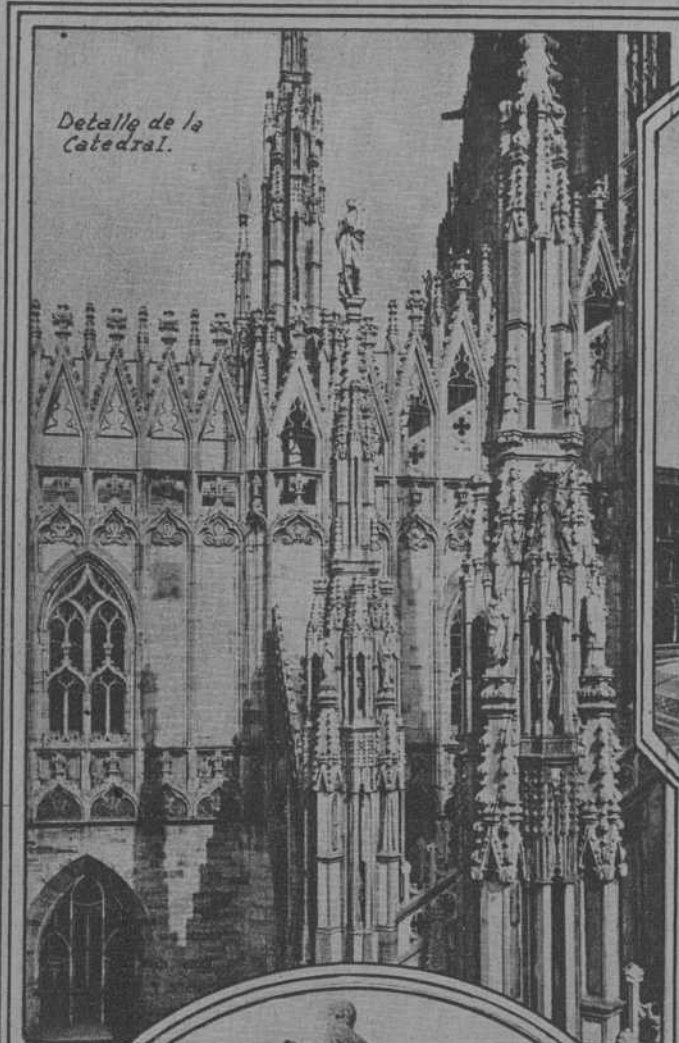
Vista de la ermita.



Imagen del Santo, del siglo X.

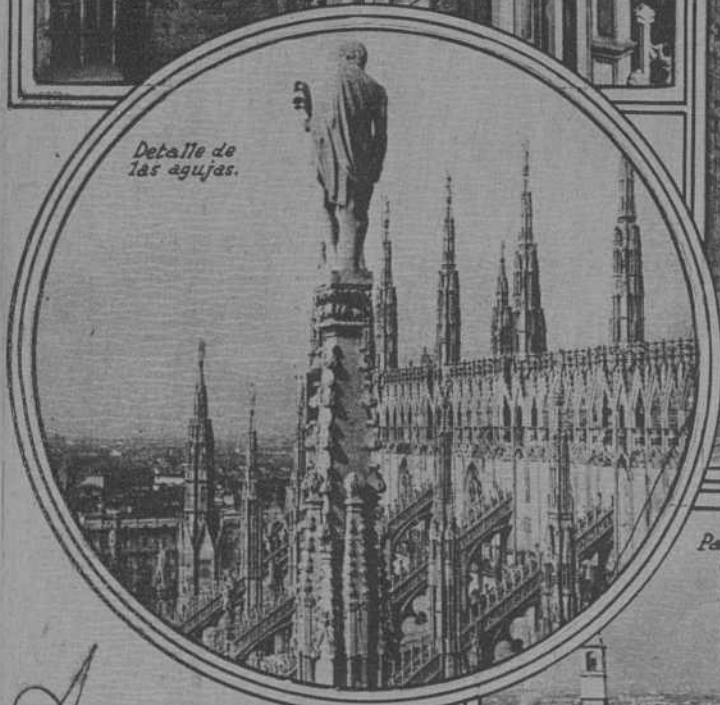
# MILAN

*Detalle de la Catedral.*



*Fachada principal.*

*Detalle de las agujas.*



*Interior de la Catedral.*

*Panorama, visto desde la Catedral.*



Alcanza el Duomo, la Catedral de Milan, la categoría de maravilla europea. Joya de la arquitectura gótica, el artista puso en sus naves, en sus columnatas, en sus afligranadas agujas, todo el prestigio del arte y toda la grandiosidad del espíritu religioso.  
El "Duomo" pasma y sobrecoge al propio tiempo.



# ESTHER

Novela corta por LUIS CAPDEVILA

A Roberto M. Baldrich, que  
conoció a la protagonista.

La primera vez que visité en su casa a aquella mujer, una doncella—menuda, vestida de negro, con un delantal que apenas la cubría el tibio regazo, con una toca blanca en el pelo—silenciosamente, pero con una sonrisa llena de amable complacencia, me tomó de las manos el bastón, el sombrero y unas flores, y me introdujo en el salón.

Al dejarme solo me indicó:

—La señorita está en el baño y le ruega la aguarde.

La señorita habitaba una casa nueva en la ciudad nueva. La señorita era una gran mujer que daba, aquella temporada la pauta de la elegancia y de la distinción a las pobres burguesas desde su palco del Teatro de la Opera, desde su tribuna en las carreras, desde su Packard en el paseo de coches.

Todas las que se relacionan con novelistas resultan siempre mujeres de excepción... mientras no se nos pruebe lo contrario.

Era rusa o de origen ruso, no recuerdo bien. De esas mujeres excepcionales y exquisitas de los novelistas es difícil probar la nacionalidad.

Hablaba un idioma muy complicado, mixto de ruso, italiano, español y francés, de difícilísima comprensión.

Yo podría decir ahora, para darle un carácter más exótico a la figura, que se llamaba Mina, Verochka, Sonia, Shavia, Lubux. Pero, no no; se llamaba como cualquier mujer vulgar, tenía más de treinta años—cuando una mujer tiene más de treinta años, siempre que sea hermosa, no hay que pretender la exacta edad que tiene—una cabellera rubia, dorada, que le caía como un último rayo de sol por la espalda, y una carnación muy blanca, de una blancura aterciopelada y marchita de gardenia.

Era una poco—tansólo un poco—una de esas mujeres opulentas y matronas que placen a los jovencuelos y utilizan los malos pintores para sus símbolos de la República.

Yo la había conocido en un restorán de noche; música de tzinganes, manzanilla, tabaco rubio de Orienta...

Y aquella tarde, después de otros encuentros fortuitos y efímeros, yo iba a tomar el té a su casa por primera vez.

El salón donde me había dejado la doncellita estaba lleno de la claridad blanca y rubia de la luna—las tres de una tarde de junio y amueblado de una manera graciosa y arbitraria.

En las paredes había dos tapices de to-

nalidades grises y en los que rebrillaban unos hilos de oro, representando fieras saltando por entre los árboles de una selva abundante. En el suelo dos pieles de tigre supían magníficamente, la vulgar alfombra. En un rincón una vitrina con abanicos, joyas, y unos juguetes chinos y obscenos de marfil. En otro—en otro rincón—una pequeña biblioteca con unas tanagras de bazar y unos libros también de bazar; «Afrodita» y «Las canciones de Bilitis», de Pierre Loti; «Humo de opio», de Claude Vasese; «El placer», y «El triunfo de la muerte», de D'Annunzio; «Mimi Bluet», «Flor de mi jardín» de Guido de Verona. ¡Bah! ¿Qué han de leer las pobres? El «Phaedon», «La crítica de la razón pura».

Hay, además, un «secretaire» del siglo XVIII, unos dibujos de Aubrey Beardsley suspendidos de cordones de seda, y, naturalmente, unas sillas.

Se huele a perfumes caros, a tabaco de Egipto, a mujer bella—huelen de diferente manera que las feas—y amante de su cuerpo y, un poco a cocina de restorán.

En la calle suena la alegre música banal de un pianillo de manubrio. Me place esta soledad en que me han dejado y que me convierte inexperadamente en el dueño de la casa. Me distraigo fumando y mirando por el balcón los balcones de unas casas vecinas, que el sol pinta de un amarillo de miel; unas nubes que el viento despeina; una cinta de montañas azules de lejania...

Cuando entra María yo he fumado ya dos pipas, lo que equivale a indicar que, sin este recuerdo habría tenido tiempo sobrado de aburrirme. Ella me dice, con un delicioso mohín de cómica compasión:

—Pobrecillo! Te fastidiabas sin mi compañía?

Se cubre con un túnico de crespón de seda rosa. Yo la contemplo sonriendo, embobado. Ella, añade:

—Voy a presentarte mi hijita.

—No!

—Por qué? Es el único recuerdo amable de cuando era buena.

Yo no quiero decirle que en las hijas de las mujeres que amo he visto siempre al «otro», al que las «amó» antes.

Cuando, requerida por María, entró su hija, una criatura insignificante de apenas nueve años, me mira con recelo, casi con odio; adivina en mí a un enemigo que viene a robarle, aunque tan solo sea por una tarde, el amor de mamá.

Después, cuando se fué el taciturno muñeco, me dice María:

—Pasaremos a mi cuarto. Estaremos mejor.

En el cuarto de la mujer hermosa—su estuche—hay un diván ancho y muelle como un lecho; una lámpara de die con enorme

pantalla de seda azul; una mesita con unas cajas de cigarrillos, una botella de Kunimel y un servio de té.

Y un retrato. El retrato de una mujer joven, encantadora, con una melena blanca, de puro rubia, entorno al rostro, y una sonrisa, como una flor, en la boca.

—Quién es?—he querido saber yo.

—Esther, mi hermana.

—Tu hermana?

—Muerta. Muerta en la mejor de su vida. Quieres que te cuente cómo?

Y María me ha contado, en esta cálida y silenciosa tarde de junio, cuando ya la tarde se hacía crepúsculo, la noveleta que yo te cuento a ti. De la misma manera que queda en la mano el perfume de la rosa florida, ha quedado en mí el recuerdo de la bella muerta desconocida.

I

La casa se yergue en un altorano, a la orilla del camino, y es blanca, con el tejado rojo y persianas verdes en las ventanas.

Tiene un patio ante ella, al que se sube por dos tramos de piedra roída por las lluvias de tantos años, y que, así, se convierte en terraza; terraza para las nocturnas serenatas románticas... y para cenar al fresco en verano. En la fachada ábrese dos puertas, una grande, otra minúscula. Sobre la mayor hay, en azulejos, una leyenda que preserva a la casona de toda malandanza.

«Ave María»—reza esta leyenda.

Bajo el alero se dibuja, rústico un horario solar. Bajo el horario, el balcón, un balcón de hierros forjados. A ambos lados, dos ventanas. Ante la casa unos rosales y el negro fantasma de un ciprés en el que cantan los pájaros y el viento. Y la blanca tentación polvorienta del camino; los campos de tonalidades ocres, sienas, moradas, verdes, y, a lo lejos, una cinta azul de montes bajo el azul del cielo.

Cuando la noche va mediada, en este camino gyese el traqueteo lento y soñoliento de los carros de grandes velas, cargados de verduras y frutas olorosas, y hundidos en los baches, se dirigen a la ciudad. Durante el día las cigarras revientan en el cantando. Su canto, cual ritmo, parece dar el yunque de una herrería del pueblo, llena de pereza el paisaje.

A veces, de la sombra mezquina que en el suelo pinta el ciprés, se levanta un perro, un lebel, de estampa romántica. Bostezo, enarca el lomo, lanza unos ladridos al aire cálido, se espanta unas moscas.

La casa está silenciosa y parece abandonada.

Apenas traspuesta la puerta de la casa blanca, halláis un patio enlosado de som-



bra grata, de grata penumbra. En este patio, que tiene un anillo de columnas como los patios señoriales, hay tres o cuatro puertas—una en el fondo deja entrar la verde claridad bruja de un jardín interior—un arcón de novia, de roble tallado, que hace oficios de banco, un farol de los llamados de hojarasca, y las alabanzas a un santo desconocido, clavadas a la pared sobre unas ramas de laurel en cruz. Hay unas viejas cómodas sillas de enea y una anchurosa escalera de piedra que conduce a las habitaciones altas.

Subid esta escalera.

Entraréis en el comedor, que tiene aire de refectorio conventual. El comedor tiene en el suelo unas pequeñas rojizas losetas. Las paredes son blancas, con alto zócalo azul. El techo es de vigas enormes, también pintadas de azul, con un magnífico azul imposible, falso, escenográfico.

En este comedor se abren cuatro puertas diminutas y dos balcones. Entre los dos balcones hay una pila de piedra y una urna en forma de concha. Y en esta urna unas letras que rezan:

«Estes mans que yo rento, los cucs se las han de menjar. Y lo cos també. l'ánima, ay! qué será?»

Detonan en el severo decorado un bufete, un trinchero, modernísimos. El bufete y el trinchero están llenos de vajilla, de cristalería, de licores ingleses, rusos, holandeses.

Hay, naturalmente, una mesa. Una mesa cubierta con un mantel de hilo listado de azul. Un jarro con flores: rosas. Un viejo reloj de caja. Unas sillas de enea arrimadas a la pared, pero sin tocar a la pared. Un sillón, también de enea, ante uno de los balcones. Sobre ese sillón, olvidado, un volumen de Plutarco.

Pasáis, luego, a otra habitación. Al entrar apenas distinguiréis nada, porque, aunque abierta la ventana, están corridas las persianas y la camareta sumida en una penumbra verdosa.

A poco, os fijaréis en el mármol de un tocadorcillo atiborrado de pequeños frascos y pomos de perfumería: Coty, Houbigant, Guerlain, Atkinson. La luna del espejo, la pila del agua.

Daréis luego con el lecho, un lecho barroco, alto y solemne como un tímulo. Una mesa con unos libros: Luis Vives, Spinoza, Montaigne, Buffon. Una lámpara eléctrica, diminuta y con pantalla de seda. Y, sobre una silla, unas íntimas ropas de mujer como un pequeño montón de espuma.

De pronto, retrocederéis un paso: hasta vosotros ha llegado el rumor de una respiración igual, acompañada, suavísima. Y veréis, en el lecho, sobre la almohada, la cabeza de una mujer dormida. De una pequeña criatura de cabellos rubios, casi blancos, que descansa el rostro de Pierrot sobre uno de sus brazos. Las mujeres desencantadas, las que conocen toda la acedia de la vida, no duermen de esta guisa.

Entonces, vosotros, conmovidos por el dulce sueño de la adorable criatura, abandonaréis la camareta, andando sobre las puntas de los pies, y entornaréis la puerta al salir.

Fuera, en el jardín, y en su nido, pía un pájaro temprano.

Y entraréis en otra de las habitaciones de la casa. Esta habitación se abre al jardín, y al jardín da sombra la casa. Es por eso por lo que la ventana está abierta de par en par.

Por esta ventana entra la radiante claridad azul de la mañana, y el áspero, sensual, delicioso perfume a tierra, a hierbas humildes y milagrosas del monte. Y entran, atenuados por la distancia, el cantar monótono del mallo y las cigarras.

En las paredes de esta habitación hay unos daguerreotipos descoloridos representando elegancias de 1840; más estanterías con libros; una muñeca alemana, de trapo, sobre un mueble cualquiera.

Abre la ventana, una gran mesa de pa-

tas salomónicas. Sobre esta mesa hay un tintero de vieja porcelana, un vaso con flores, libros, revistas, papeles.

Sentado ante la mesa, acodado en ella, un hombre. Este hombre viste un holgado y discreto pijama de seda gris. Este hombre tiene unos treinta años, una boca que empieza a mustiarse, unos ojos parcos de mirada que endulza la miopía, y unos cabellos que blanquean ya.

Este hombre escribe. De cuando en vez, abandona la pluma y lee en alguno de los libros, fuma en una dorada pipa de espuma, escribe de nuevo.

Hasta que al pie de la ventana suenan unas alegres voces jóvenes:

—Eh! Juan Ramón!.. Esther!.. Eh!

## II

Dos veces había creído Esther haber hallado el gran amor de su vida. Lo que equivale a decir que dos veces se había equivocado. No le quedó, sin embargo, de su desengaño, ni una sombra de tristeza. Un poco de cansancio, de pena por el tiempo perdido, tal vez sí. Un leve malestar físico, sobre todo, el leve malestar físico que se siente después de una fiesta, y que desaparece con un baño sabiamente temperado. Nada más.

A) Biarritz. Verano. El Hotel de Inglaterra. La mesa de ruleta en el Casino Municipal. Las mañanas azules y doradas de la playa.

Esther tiene entonces diez y ocho años, viaja sola—como una princesa o una diveta de music-hall—, y parece escapada de una estampa de «Vogue». Viste de una manera arbitraria y algo complicada, pero personalísima, tisúes de oro y plata, plumas de tres mil pesetas, joyas de cincuenta mil. Es menuda y gentil y llena de gracia; tiene unos ojos verdes, de un verde de pluma de pavo real, constelados de minúsculas chispas áureas; tiene unos cabellos rubios, rizados en grandes anillas; tiene la boca, que ella se complace en pintar discretamente con el lápiz, roja, húmeda y codiciable como una fruta; tiene un cuerpo núbil y asexual.

El es uno, uno más, cualquiera, uno de tantos. Se deja ver en todas partes, en la playa, en las carreras, en los bailes. Y, sobre todo, en los salones de juego del Casino.

Se relaciona con auténticas princesas rusas, con nobles austriacos, con multimillonarios americanos, con artistas y políticos. Pero a él nadie le conoce a fondo, nadie ha penetrado su intimidad. En el hotel está inscrito con un título que no figura en el Almanaque de Gotha. Juega mucho y fuerte, con gran corrección. Viaja en compañía de un criado que duerme en una «chambre» vecina a la suya, y que a veces—cuando su amo pierde al cinco encarnado o al ocho negro—se toma ciertas libertades algo sospechosas.

La casualidad pone frente a frente a Esther y al desconocido. Un pretexto cualquiera—la «trabé» de una dama, un baile, una jugada peligrosa—pone en contacto a los dos. A la mañana siguiente, él ya como a una antigua amiga, la saluda, se apareja con ella, la compromete en público. Al otro día, ya ella está vencida y lo sacrificaría todo por aquel hombre tan diferente a los demás hombres.

Pero al poco tiempo le niega unas joyas al advertir que eran las joyas lo que codiciaba de ella, que se trataba, en fin, de un vulgar aventurero.

B) París. Han pasado unos años. Pocos: dos, tres. Una amiga le presenta:

—Fedor Ivanovich, desterrado de Moscú, revolucionario.

Es un hombre joven, alto, rubio, afeitado, con el pelo como una llamarada, de ademanes rígidos y hieráticos, con los ojos azules, que brillan y se apagan como los de los gatos.

Se adivina en él al hombre tímido, bueno, inteligente, poco sociable. Murmura unas palabras de salutación, esboza un ges-

to de cortesía. Después, confuso, aléjase con un gesto tardo, lento, rígido.

Aquella criatura tan corpulenta despierta en Esther una dulce piedad. Está solo en París, nadie le escribe nunca desde Rusia, no tiene en el mundo sino su fe. Para mal vivir, tiene que dar lecciones, que le retribuyen tarde y exiguamente. Vive en una buhardilla absurda de la calle Lhamont, en Montparnasse, tras la montaña de Santa Genoveva. Come en cualquier «bistró». A veces no come.

No tiene impermeable ni paraguas. Y eso es lo que le inspira mayor pena a Esther: la falta de paraguas o impermeable del desterrado. Correr las calles con los zapatos viejos y torcidos, bajo la lluvia de París!

Un hombre sin paraguas es, siempre, un hombre triste, ya que el paraguas es el perro del hombre solitario, es decir: el compañero.

De entonces, que el ruso y la damita vense con frecuencia y cultivan con ahínco su amistad. Ella ignora que también Fedor Ivanovich siente una cierta compasión—una compasión irónica y amorosa—por la damita que quiere representar en su vida el papel de redentora, de virgen roja.

Y ella le proporciona lecciones, trabajos editoriales.

Algunas tardes, mientras hierve el samovar, ella le dice que es una enamorada de Rusia, y le habla de Turgueneff, de Rimski Korsakow, de Gogol, de Strawinsky.

Entonces, Fedor Ivanovich la mira con más irónica compasión que nunca, y le dice que no sabe de qué habla, que «aquello» no le interesa, que «aquello» no es Rusia.

Y una tarde en que, después de una discusión un poco fuerte, ella rompió a llorar, él sintió que inundaba su pecho una inefable ternura por aquel delicioso juguete humano. Y le llenó el rostro de besos, mientras fuera, en la calle, la noche descendía como un telón lento.

A la mañana siguiente, decíale ella con los ojos brillantes como dos moneditas de oro:

Ella: Te quiero desde que te vi por vez primera.

El, sonriendo: Y antes de verme, ¿no tuviste otros amores?

(Naturalmente, no había tenido otros amores. Todas las mujeres dicen, cuando se les pregunta, lo mismo: No, no han tenido otros amores. Y no mienten: es en aquel preciso instante cuando ven nacer el amor en su corazón).

El: ¿Yo soy, pues, el primero?

Ella: .Si.

Todos los hombres, y sino todos, la mayoría, se atormentan queriendo averiguar el pasado de la mujer que aman. Es lamentable, porque de una mujer no nos ha de interesar su pasado, sino su presente).

El: Tú serás mi consuelo!

Ella: Y tú mi alegría!

Pero Fedor Ivanovich no podía, ni sabía, ni quería ser la alegría de nadie. Era duro, seco, implacable. No le interesaban ni el arte ni la naturaleza. Vivía únicamente para su fe: un odio feroz que le abrasaba las entrañas y el cerebro.

Tenía el orgullo del sufrimiento. Otros hombres tienen el orgullo de un vestir negligente, estudiado. Otros, la de convertirse en payaso, por lo que de quien logra hacer reír a una mujer tiene ya ganada la mitad de su corazón. Otros, el orgullo de la brutalidad, del puñetazo.

Fedor Ivanovich se complacía contando sus cautiverios, sus prisiones, las persecuciones de la policía, el hambre, la nieve. En el fondo, era un hombre poco cordial, poco efusivo. Como todo el mundo le había tratado con dureza, con crueldad, peor que a una bestia, el amor y la ternura de Esther le parecían una cosa natural. Una especie de acto de desagravio.

Un día, Esther, sobre el pecho del iluminado, sintióse sola, muy lejos de él. Y aquel mismo día, dudando si ponerle unas le-

tras, dejaba ella unas flores sobre la cama, un cirio a cada lado, y huía.

Cuando, ya muy entrada la noche, Fedor Ivanovich llegó al sotabanco, comprendió el adiós de Esther. Y sonrió con una más acerba ironía.

Pocos meses después, Esther se enteraba, por la Prensa, de la muerte del pobre, en Petersburgo, en un motín, azotado por los cosacos. Pero ya ella hacía tiempo que le llevaba muerto en su corazón.

## III

Esther era la novia de Juan Ramón, el dueño de la blanca masía. Huyendo de la guerra, se había refugiado en España. No tenía familia ni nadie que se interesase por ella, a no ser una hermana casada con un griego en Turín, y era señora y dueña de su vida.

Alegre y bonita como un pájaro, había aceptado la invitación de aquellos muchachos, todos, en el fondo, enamorados de ella.

La complacía ver una sola mujer en el grupo de hombres. Todas las atenciones, todas las delicadezas, todas las cortesías eran para ella. Y ella, cuando Juan Ramón intentaba besarla, le apartaba suavemente para reconvenirle:

—No seas niño...

Y, volviéndose a los compañeros, que sonreían agradecidos

—Fíjate: los pobres están solos!

Dos semanas antes había llegado a la casa, blanca y perdida en la montaña, mitad masía, mitad castillo señorial. En la entrada del patio aparecieron los rústicos: la Josefa, la Pura-María, la Pulida, el Polaina, el Daniel, el Tomé.

Daniel era el loco de la masía. Menudo, enjuto de carnes, rojo como una terracotta, con unos ojos azules como dos gotas de agua, con un pelo rubio, casi albino. No hablaba nunca con nadie, pero su boca se estremecía en una continua y silenciosa sonrisa. Salfa de la casa al apuntar el alba, cuando en el cielo lívido se apagaban las estrellas y el clarín de los gallos rodaba de cumbre en cumbre, para no volver a ella hasta que la noche descendía lentamente sobre el paisaje.

A Esther la encantó el dulce clima de la serranía y el perfume a humildes hierbas milagrosas, a resina, y a tierra húmeda y cálida. Y la honesta devoción de los rústicos, y las canciones del loco—las cantaba en voz baja, perdida y lejana, como en un rezo—que se pasaba las horas muertas mirándola a los ojos y que, cuando la veía llegar, tan blanca, tan perfumada, tan elegante, tan gentil, se ahogaba su voz en la garganta y echábase a temblar.

Por las mañanas, después de que se había bañado en un regato de agua de nieve, umbrío y misterioso—un Cezanne espléndido, al momento!—vestíase un delantal, áspero al tacto como tejido con esparto, se envolvía la dorada llama de la cabellera en un pañolito de seda de colores brillantes, y ayudaba a las sirvientas a cocinar.

Pequeña y gentil ama de casa!

Claro es que en alguna ocasión, en más de una ocasión, las sirvientas tuvieron que pasarse sin su ayuda: cierta vez lavó un pollo con jabón de Guerlain...

Y reunía a las pobres gentes de la masía y les hablaba del mundo como de un país maravilloso de cuento oriental: los automóviles, el teatro de la Opera, las músicas, los manjares exquisitos, los diamantes, las sedas, las pieles preciosas, los soldados de uniformes magníficos.

—Por qué les cuentas tantas mentiras? —le decía luego Juan Ramón.

—Porque nunca averiguarán la verdad. Porque la verdad es fea, inmoral y triste. Porque nunca abandonarán este bello rincón en que la vida se hace remanso, y así el mundo tendrá para ellos las magás luces de un apoteosis.

Las tardes, que ya empezaban a ser frías, las pasaba leyendo junto al balcón, hasta el crepúsculo, cuando se encendían las primeras estrellas y en los árboles había un

último temblor de nidos, y las esquilas y el balido de los rebaños estremecían los caminos.

Cuando llegaban los muchachos, fatigados de la jornada y oliendo a bosque y a monte, hallábanla dormida. Entonces le permitían a Juan Ramón que la despertase con un beso.

Se adelantaba el enamorado en la suave penumbra del refectorio hasta la gentil durmiente. La última claridad de la tarde convertía la cabellera áurea en un halo luminoso. Se inclinaba el enamorado y la besaba en los ojos. Ella, dormida, sonreía a la caricia, y sus pestañas salían bajo los labios ávidos como dos mariposas.

Despertaba, por fin, y las saludaba un coro de risas y encendidas palabras.

## IV

El techo es altísimo y está cruzado por vigas enormes. Unas cortinas de viejo damasco guardan la entrada de la alcoba, en la que se adivina un lecho. Colgado de la blanca pared hay siempre un manojo de hierbas perfumadas que coge Daniel el loco en los picachos y cortes del monte, y las coloca allí todos los días para que den un buen sueño a la señorita.

Esta habitación en que duerme Esther tiene dos ventanas. Una se abre al torrente, otra a un patio interior, un patio románico anillado de claustro y con un pozo de hierros forjados en el centro: un poco silencioso y conventual.

Por las mañanas, con la primera luz de la mañana, un piar de pájaros como un murmullo de risas lejanas, despierta a la pequeña.

La pequeña abre los ojos. Sonríe. Se tapa con la colcha la espalda desnuda, que ya ha tostado el sol. Se duerme de nuevo. Y todo vuelve a quedar en silencio. Es como si, después de darle los buenos días, quisieran las buenas bestias de Dios respetar su sueño.

Aunque sola en la camareta, Esther apaga la luz cuando se desnuda; la enciende nuevamente cuando ya se ha vestido su pijama. Entonces, de un modernísimo mueble-biblioteca, alcanza un libro. Y se tiende en la cama, sobre la colcha policroma—rojo, rosa, amarillo, verde, azul, morado—que recorta la fina, viva, cálida, blanca estatua de su cuerpo. De la lámpara, cual ampolla ella ha envuelto en una seda azulenta, le llega, preciso, un rayo de luz.

Esther tira las zapatillas turcas con un gentil movimiento de las piernas al aire. Después se acomoda en la cama. Alarga un brazo, que la posición violenta deja desnudo sobre la almohada. Apoya en este brazo la cabeza. Con el otro, que dibuja un ángulo recto sobre la ropa florida, sostiene el libro y lee...

A la discreta claridad de la lámpara fulgen sus cabellos rubios, sus uñas rosadas, un brillante en un dedo.

Esther lee: poetas, novelistas... Y, leyendo, se duerme. Fuera, la montaña, es una tiniebla palpitante, en el cielo se levanta una fastuosa polvareda de luces, y canta a cortos intervalos, un ruiseñor. A cortos intervalos, también, un sapo lanza una monótona, lírica, melancólica, aflautada aspiración. Y canta el agua del torrente, agua de nieve.

Esther, adormecida, piensa que los sonidos tienen color: el del violoncello es morado, el del violín amarillo, el de las trompetas el del sapo, tan parecido al del óboe, es azul...

Era una compañía absurda y pintoresca la que formaban Esther y sus amigos.

Juan Ramón tenía treinta años y era español. Solo en el mundo, rico, alegre y sencillo como un niño, enamorado como nadie de la vida, y perdonándosele todo a la vida.

Joe era magro, severo, rico, seco y, en apariencia, no vivía sino para sus perros y su whisky.

Kolinich tenía unos ojos azules, más azules en su rostro encendido, de anchos pó-

mulos, el cabello rojo. Cuando Esther tocaba al piano canciones de Borodine ó Rimsky Korsakov, volvía su rostro para que no le vieran llorar.

Friedrich leía a Hegel y a Kant, hablaba continuamente de metafísica, y por las noches, con la voz rota por la emoción, cantaba lieder de Schumann.

Y Manolo! Manolo saltaba por breñas y riscos como un demonio y como un demonio—cuyo representante en la tierra, además del gato, es el macaco—se subía a los árboles. Cuando se le iba la mano bebiendo, que era cada dos o tres días, se agarraba a la guitarra y, con su voz pastosa y velada, cantaba «tristes» y «vidalitas» oídas en sus ranchos de la Pampa.

Todos eran jóvenes y estaban colocados inmejorablemente en la vida. El que más, tendría cuarenta años. El que menos, veinticinco.

Y todos amaban a la mujercita gentil y encantadora como un juguete, porque, en el fondo, era un poco la mujer de todos ellos, la que les daba, siempre pródiga, una sensación de hogar, de intimidad.

Ella lo sabía y complacíase en pensar que de un pequeño ademán suyo dependía la vida de la muchachada.

## VI

—Le quieres mucho a Juan Ramón?

Friedrich le hacía esta pregunta a Esther, una tarde, en el jardín de la vieja casa señorial. El jardín de la vieja casa señorial es un jardín de estampa romántica. En él son más extranjeras que en parte alguna las ropas talladas por sastres modernísimos de Esther y de Friedrich. Es un jardín que requiere de las pamelas y los fraques azules de la Restauración.

Tiene unos arcos de boj recortados, unos cipreses, unas pasionarias, unos rosales que, en llegado el otoño, se constelan de rosas encarnadas. Tiene unos bancos de piedra vetusta—y venusta—al pie de los cipreses. Tiene una fuente de aguas opacas y misteriosas.

Este jardín se abre al torrente por un balcón, en cuya baranda florecen los jazmineros y las madreselvas.

En este jardín, pues, es donde, a primera hora de una tarde inicial de otoño, pregunta a Esther:

Friedrich: Le quieres mucho a Juan Ramón?

Esther: Mucho.

Friedrich: No podrías olvidarle? ..

Esther: No sé. Eso no se sabe nunca, hasta que llega el preciso instante de olvidar. Hoy por hoy, creo, en efecto, que no podría olvidarle.

Friedrich: Y si muriese?

Esther, muy pálida: Juan Ramón? No morirá.

Friedrich: Por qué no? La vida es tan efímera, tan mezquina!..

(Hay una pausa. El cielo tiene maravillosas tonalidades ambarinas. Cantan el agua libre del torrente que corre hacia nuevas tierras, y el agua es clara que muere en el jardín. Oyese una voz lejana que canta una canción de ritmo lento y desmayado.)

Friedrich: Me gustaría conocer el por qué de tu amor a Juan Ramón.

Esther: Yo te lo diré; porque es bueno.

Después de un momento, añade Esther: Pobre Friedrich! Te he dejado sin esperanzas!

Friedrich, resignadamente, mientras enciende la pipa: No lo creas: ya no las tenía. Nosotros, Esther te queremos todos, pero a tu amor no le pedimos lo que no nos puede dar.

Esther sonríe luminosamente, se coge al brazo de Friedrich. Y ambos reñoran en la casa, cuyas ventanas empiezan a brillar en la sombra violeta del crepúsculo. Antes ha dicho

Esther: En lo mejor de la vida se cruzó el amor en mi camino.

ter, con la melena al viento, con la elegancia masculina de su traje de cazador, apoyada en el rifle como en un juguete, se ha llevada, de pronto, la mano a la cabeza, al corazón, que latía en su pecho como un pajarillo. Ha creído haberse agarrado con una rama, al huir. Se ha sentido en el suelo, sobre la hierba húmeda que oía a gloria en la gloriosa mañana de septiembre.

Los ojos ofanse las trompas y las voces claras, metálicas, de los cazadores.

Esther ha sentido un dolor agudísimo en el costado, en el corazón. Tuvo que agarrarse al tronco de un árbol para no caerse. Se le nublaban los ojos. Quiso gritar y la voz se ahogó en su garganta.

Una bala perdida le había herido en el pecho.

A las dos horas la alegre pandilla de los cazadores la encontraba desmayada, muy pálida, sentada en el suelo.

Transidos de angustia, la desabrocharon la chaqueta, desgarraron la fina camisa. Bajo el seno abrían la boca roja de una herida.

Juan Ramón, lívido, tremolante, con los ojos llenos de lágrimas, gritaba:

—Esther! Esther!

La llevaron en brazos, con una pena infinita, traspasados por una angustia loca, atravesando los umbríos senderos misteriosos del bosque, a la casa blanca, noble, serena.

La habían desnudado, habíanla lavado la herida como mejor supieron, y la habían acostado en el lecho de la familia hidalga: un lecho barroco, alto y solemne como un túmulo, del siglo XVII, en el que tantos pobladores de la noble casona nacieron y murieron.

Joe, a caballo, que lanzó al galope, había salido en busca del médico. Y el médico había diagnosticado, que la herida era mortal de necesidad, que ya no vería la noche la pobre criatura.

En la puerta de la camareta contemplaban la escena con ojos espantados. Daniel, el loco, lloraba silenciosamente. Los amigos rodeaban el lecho, anhelantes, con el rostro contraído por el dolor, por la angustia, atentos al más mínimo gesto de la malherida.

Mediaba la tarde y por el balcón entraba hasta el lecho una cinta de sol. Kolinich la tapó con su corpañón para que no molestara a la pequeña.

No hablaban, no fumaban. Señor, cómo era posible la muerte de aquella criatura,

si todos la querían, si todos la adoraban? Viva, podría soñarse con la posibilidad de que un día fuese para ellos la dicha. Y la muerte se la llevaba para ella la claridad de aquellos ojos y de aquellos cabellos, que ahora, en la amohada, eran como un halo entorno al rostro afilado por el dolor! y se llevaba también los besos y las risas de aquella boca!

El tic-tac angustioso del reloj era el latir angustioso de la noble casa.

Esther, tendida en el lecho, más bonita que nunca, se moría. Por ella rezaban aquellos hombres que apenas sabían rezar. Por ella habrían querido recordar sus oraciones de niños.

Más que el perdón, imploraban la vida de la dulce criatura aquellas plegarias en inglés, en ruso, en alemán, en español, tenebrosas y dolidas.

Cuando el crepúsculo llenó de azules fantasmas la camareta, Esther murmuró unas palabras entrecortadas:

—Juan Ramón...! ¿Dónde estás?—y movía angustiosamente las manos, que ya no podía levantar de las sábanas, como dos blancas palomas heridas.

Juan Ramón juntó las suyas a las manos exangües de la dulce criatura, se las pasó ardientemente por el rostro frío.

—No te veo!... ya no te veo... Es decir, sí; pero tan lejos! Tan lejos como si te mirase a través de tu monóculo...

En la puerta de la blanca camareta, que las luces brujas del atardecer pintaban de azul y de rosa, los rústicos miraban con los ojos desorbitados la escena cruenta. La muerta, que en ellos, criaturas feas y sucias, les parecía un accidente natural, creíanla una profanación ahora, cuando ponía su zarpa sobre el cuerpo maravilloso de la muñeca. Daniel, el loco, el cuitado, sollozaba ahogadamente como si en el interior de su pecho fuese donde moría aquella mujercita tan buena, tan gentil, tan adorable.

—Yo creía alegre la vida, alegre, desde que muchas veces, en momentos de íntima soledad, se apoderaba de mí un profundo y obscuro desconsuelo... y creía que la vida era buena y alegre porque así creíanlo los otros, porque envidiaban mis joyas, mis sedas, toda la dorada miseria que me rodeaba... Nosotras, las mujeres, somos ambiciosas a pesar de saber que a la vida no se le puede pedir mucho... Queremos lograr un porvenir, pero, para lograrlo, todos los días nos hacemos un porvenir lleno de humillaciones, de soledad, de negra tristeza...

En el pardo, un ruiseñor prorrumpió a cantar a los primeros luceros que se encendían en el cielo pálido de la tarde para que el alma blanca de la pobre criatura, al volar, hallase el camino iluminado.

—Pero todo el mundo ve tantas risas en nuestra vida, tantas músicas, que una acaba por creer en su bondad y en su alegría. —No te atormentes—impuso Juan Ramón, que tenía empañada la voz y los ojos llenos de lágrimas—Yo perdono todo lo pasado, Esther!

—Si no quiero tu perdón! Si lo que quiero es vivir!... Vivir porque ahora, al conocerte a ti, si es buena y alegre la vida!

—Esther!

—Tú has sido, sido lo mejor de mi vida: el amor! Yo andaba por una senda oscura hasta que te encontré a ti, que con tus besos me hiciste mujer!... Porque antes de conocerte a ti, Juan Ramón, yo era una cosa, una cosa que gustaba y que andaba de ciudad en ciudad, dejando apenas un recuerdo amable que borraban los años...

—Esther!

—Estos días pasados aquí en el monte contigo han barrido de mi vida toda sombra de pecado... Si tú, Juan Ramón, de haber vivido yo, me hubieses abandonado un día, yo te lo hubiese perdonado por todo el bien que me has hecho, y porque fuiste tú quien me hizo buena... Aunque nunca fui mala, pues di lo mejor de mi vida: mi juventud.

—Criatura mía!

—Y bendigo esta bala perdida que me arranca al mundo, porque me voy de tus brazos que me dieron la paz... tal vez, quién sabe, después habrían llegado momentos de tristeza y de abandono.

La voz dolorida de la moribunda se apagó dulcemente. En la camareta oíanse únicamente el latir del reloj y los sollozos de Daniel, el pobre idiota que lloraba como si a él, que no tuvo hasta entonces otro amor, se le muriera la virgen del altar.

—No reiremos más. Juan Ramón! No reiremos más!... ¿Dónde están tus amigos.

Todos se acercaron, de rodillas, al lecho.

—No me olvidéis por completo, si me quisisteis! Recordadme de cuando en cuando, porque también os quería yo!... Y tú, Daniel, que eres un puñado de barro con divino resplandor, cuando les reces a tus santos, reza por mí también!

Y la voz murió en su garganta nevada, como muere en la noche el canto de las aves.

Juan Ramón la cogió una mano, que ardía. Ella suspiró, abrió los ojos, sus ojos azules, que empañaban una mortal angustia.

—Aun estoy aquí!

Con voz estrangulada por la pena, pudo balbucir Juan Ramón:

—Esther, alma mía!

Esther sonrió y suspiró nuevamente:

—Aun estoy aquí!

Con el último rayo de sol murió en sus labios pálidos el último suspiro.

Las Guillerías, Septiembre 1926.

(Prohibida la reproducción)

## DIALOGOS IMAGINARIOS

# El poder omnímmodo del dinero

Por SANTIAGO ESPINEL

A los pocos días de haber sido vendida por su propietario Gastón Menier—el rey del chocolate—la isla de Anticosti, tuve ocasión de conocer, en París, a un antiguo colono, o lo que fuere, que acababa de ser desahuciado por los nuevos propietarios.

Mi amigo—pues somos, desde entonces, grandes amigos—se llama Renato Dufroy. Es alto, recio, moreno y tiene el pelo completamente blanco. Se trata de un poeta fracasado que, a los cuarenta años, después de haber escrito la consabida carta al juez de guardia, desapareció del mundo de los vivos dando a entender que se había suicidado.

¿No recuerdan ustedes la noticia publicada en los periódicos?... No. Seguramente no. ¿Quién se fija en tales minucias?...

Nadie se acordó jamás del presunto suicida. Renato ganó, como pudo, la isla de Anticosti y allí se convirtió en un Robinsón moderno.

El ignoraba que la isla perteneciera al rey del chocolate. Nadie le molestó. Aquello era un simple coto de caza. Una vez al año iba un grupo de señores a cazar. Entonces Renato se ocultaba en una cueva. A los ocho días, volvía a ser el dueño absoluto de la isla. Había logrado domesticar a varios animales.

—Usted no me querrá creer, pero yo le aseguro que son de más fácil domesticar que los hombres.

Renato era feliz en su retiro solitario. Y ya pensaba morir tranquilo en su breve patria adoptiva—7.862 kilómetros cuadrados—cuando una mañana desembarcaron una serie de señores sin darle tiempo a esconderse en la cueva.

Le interrogaron:

—¿Es usted un colono del señor Menier? Renato titubeó antes de contestar. Pero puesto que ellos mismos le daban la salida, se limitó a decir, para ahorrarse explicaciones:

—Sí; soy un colono del señor Menier.

—¿Es raro?... No figura usted en la escritura de compra-venta.

—¿Que no figuro?

—No. Pero, en fin. Todo puede arreglarse. ¿Usted entiende algo de fabricación de papel?...

—Ni una palabra.

—Entonces... no nos conviene.

—¡Ah!... ¿no?

—No señor; no nos conviene. Pero le daremos una gratificación. La isla nos ha costado 12 millones de dólares. No tenemos tiempo que perder. Le desahuciamos a usted indemnizándole.

—¿Cómo?

—Sí; hombre. Indemnizándole. No nos gusta perjudicar a nadie. Queremos evitar

pleitos. ¿Se contenta usted con un millón de dólares?...

Secamente, automáticamente, el amigo Renato, que en su vida había visto juntos veinticinco francos, se limitó a contestar:

—Sí.

Le dieron un cheque y le desembarcaron en el puerto más cercano.

El día que conocí a Renato, en una taberna de Montmartre, éste llevaba el cheque encima.

¡Ah!... ¡Si yo llego a ser un apache!... Pero no lo soy. Esto le salvó. Por asuntos editoriales, tenía yo entonces cierta relación comercial con un Banco de judíos que me descontaba todo el papel mediante un tanto por ciento leonino. Pero como Renato no entendía nada de negocios, se fió de mí y de los judíos. El cheque era contra un banco de Londres. Pero, después de las consiguientes averiguaciones y previo el consabido tanto por ciento escandaloso, logramos hacerlo efectivo en París.

Renato me quería hacer un obsequio en metálico. No lo acepté. Consentí que me comprara una bufanda a cuadros, una corbata roja y unos chanclos de goma. Yo iba, a la sazón, a Rusia, y aquellos regalos podían ser para mí de gran utilidad. Nos abrazamos conmovidos y, aquella misma noche, partí.

De esto que digo han transcurrido unos meses. Cuando he aquí que una tarde de domingos está insoportable—, me encontré el día a bordo, en el «Leman»—Ginebra los domingos está insoportable—, me encontré a Renato Dufroy, en la cubierta de primera, aburrido como una ostra.

Su sorpresa fué grande. No fué menor la mía.

—¿Usted?...

—¿Usted?...

Encendimos sendos pitillos y nos quedamos mirándonos.

Por fin, me decidí a romper el hielo:

—¿Qué hace usted ahora?

—Soy multimillonario.

—¿Y usted?...

—Multiperiodista.

—¿Eh?

—Quiero decir que escribo en muchos periódicos.

—¿Su especialidad?

—Las entrevistas sensacionales. ¡Ah, si usted quisiera!...

—¡No he de querer, hombre, no he de querer!

Saqué lápiz y cuartillas. Y mi amigo Renato, repartigándose en una butaca, me habló así:

—El poder del dinero es omnímmodo.

—Me lo figuro.

—¡Oh!... No lo sabe usted bien. Yo no

lo advertí hasta ver que unos hombres extraños se apoderaban de la isla, de «mi isla» a fuerza de dólares. Antes, estas cosas se hacían con las armas en la mano. ¿No?

—Efectivamente.

—Pues hoy, no hay otra fuerza que la del dinero. ¡Si viera usted lo que me río de Napoleón!

—¿De Napoleón Bonaparte?...

—¿De quién sino?... Yo quiero seguir su camino. Yo solo. Con mi dinero, es claro. Es decir, con mi dinero... Esto necesita una aclaración. Con mi primer dinero y con el dinero de los demás. Hoy manejo una cantidad de millones incontable. He fundado una anónima que se titula simplemente: «Napoleón, S. A.» ¿Eh?... ¿Qué tal?

—No me explico su finalidad.

—La conquista del mundo. Nada de armas en este caso. ¡Dólares!... Al ver que con tanta facilidad se podía adquirir una isla, pensé en adquirir el mundo entero. Todo es cuestión de situarse a cierta altura y saber contemplar el mundo como si se tratase de un balón de fútbol. ¿Islas?... Todo son islas. Depende, es claro, del punto de vista. Ya puesto en la pendiente, y siguiendo el mal ejemplo, he empezado por comprar islas a mi vez. Pero ahora ya me aventuro a adquirir comarcas enteras en distintos países europeos y americanos. Y, donde no puedo comprar extensiones territoriales determinadas, invento compañías que tienen a acaparar los servicios públicos y los artículos indispensables a las necesidades de los pueblos modernos, lo cual es, en definitiva, una forma de dominio. Así, poco a poco, acabaré por adquirir el globo terráqueo.

—¡Valiente adquisición!

—¿Cómo?... ¡No diga usted disparates!

—No son disparates. La adquisición de la Tierra ha de ser, a la larga, un mal negocio. No pierda usted de vista que en cuanto se se deseeque el planeta y, faltar de medio acuoso, la vida orgánica se haya hecho imposible, el capital empleado no tendrá valor alguno. Es la ruina. Es la quiebra fraudulenta.

—¿Usted cree?... ¡Y yo que contaba con el poder omnímmodo del dinero!... Si que es un mal empleo del capital. Entonces... ¿qué me aconseja usted?

—Que vuelva usted a su isla de Anticosti. Ahora puede usted comprársela a los que le echaron.

—El caso es que...

—O, si usted lo prefiere, comprese un hotelito en las afueras de París. Es lo más práctico. ¡Hay que pensar en la vejez, amigo!

Renato Dufroy se apuntó mi consejo en un cuaderno de bolsillo.

Nos despedimos. El se apeaba en Montreux.

## DIALOGO DE OTONO

# El amor a los cuarenta años

Por DOMINGO DE FUENMAYOR

Otoño. El crepúsculo de la tarde casi. La estancia, acogedora, cordial y confortable. Trásel balcón, pone la lluvia sus cortinas turbias. Poca gente por la calle. Raudos, trezan los tranvías brochazos amarillos.

Antonio Rey, levanta los ojos de una ilustración. Olga, encuentra su mirada, capta su mirada, que era aguardada hacia un rato por la suya.

—¿Enciendo la luz?

—¡Oh! no. Se está mejor así.

—No verás a leer.

—Quiero leer en ti, ahora.

—Bah...—dice ella halagada—y acerca su butaca a la butaca de él. Como sus miradas, sus manos se entrelazan.

—Estás guapa, Olga.

—¿Todavía?

—Sin todavía, estás guapa.

—Creía que había llegado para mí la época del todavía, que es el disfraz piadoso del pretérito, cuando se alude sin piedad a la belleza de una mujer que ha cumplido los cuarenta años.

—Estás guapa, pero eso está ridículo.

—Los años. Hace quince, yo no decía ridiculeces. Y no obstante, hablaba con más exaltado lirismo que ahora.

—Más exaltado, sí, tu lirismo de entonces. Y, por ende, menos rebuscado, más espontáneo.

—También era más... espontánea, más verdadera mi belleza.

—Lo sigue siendo ahora. Es en las ideas sólo donde se te conocen los afeites.

Callan los dos. Ya es el crepúsculo. En la calle, luce la opaca pedrería del alumbrado escaso, que repite, mortecino, en simulados bulevares profundos, el asfalto charolado de la lluvia.

Suena una hora.

—Olga.

—Antonio.

—Perdóname.

Entonces, ¿qué?

—Perdonar, es como admitir el pecado...

—Que yo he cometido.

—De sinceridad, acaso. Y ser sincero, es pecar bien venialmente.

—Entonces...

—Si lo quieres así, te perdono.

—Con la boca.

—Con la boca lo he dicho.

—Pues dímelo con los labios ahora, sin hablar, en un beso.

—Eres tú el ridículo ahora.

—Todo es ridículo esta tarde, Olga.

—No. Lo es sólo el amor a los cuarenta años... a los ochenta, entre los dos.

—Gracias, pero... a los noventa entre los dos. Diez más para mí en el reparto.

—¿Cincuenta ya, Antoñito? ¡Y pareces más joven que yo!

—Lo parezco, y lo soy. Que no están la juventud y la vejez en los años de la vida, sino en la habilidad con que hemos sabido saltar por encima de la vida.

—Extraña habilidad.

—Sabia habilidad, dijeras mejor.

—¿Y consiste?...

—En quedarnos al margen de las pasiones.

—Bien aburrido.

—No, porque las vemos pasar. El que ve pasar al regimiento, disfruta más del espectáculo marcial que el soldado con un puesto en la formación. La vida, debe verse sin encerrarse en casa, pero sin salir más de al balcón.

—¡Egoísta horrible!

—De un egoísmo que me hace aparecer más joven que tú, Olga, llevándote diez años.

—¡Entonces!...

Hay en ella una turbación de rubores extraños. La casi obscuridad protege su actitud de «pudibunda cortesana» de «mujer muy vivida disfrazada de candores», que a plena luz daría risa.

—Entonces, ¿qué?

—Entonces, me voy. No quiero a última hora perturbar tu egoísmo saludable. Continúa viendo pasar la tropa.

El, con el gesto, y con las manos en las manos, la detiene.

—¡Oh, no! A los cincuenta años, puede arrojar por el balcón impunemente un caballero.

Se besan largamente. De pronto, él se estremece, como al dolor de una punzada.

—¿Estás malo?

—Estoy...; tengo el estómago que no me deja vivir. ¿Habrás por ahí bicarbonato?

—Sí, creo que tengo en la cocina.

Váse presto y torna con la droga enseguida y se la da amorosa, como a un niño.

Otro rató en silencio, que rompe él:

—Olga...

—Antonio...

—¿Por qué no nos casamos? Yo te quiero mucho, Olga; yo te he querido siempre mucho. Por bella, y por buena, y por lista, te quiero.

—No me has hablado así hasta ahora. A los quince, a los veinte, a los treinta—toda mi vida ha sido tuya—podría haberte hecho más feliz que ahora, con mi juventud y mi belleza verdadera.

Cada edad en la mujer tiene un encanto, Olga.

—Y el encanto de mis cuarenta años, ha de ser, por lo visto, preparar el bicarbonato al marido malucho del estómago. No creas, si fuéramos tan afortunados, que andando el tiempo tuvieras un buen reumatal vez llegáramos a hacer un perfecto matrimonio, tú con tus dolores y yo con mis cuidados.

Ríen los dos, y él insiste:

—¿Quieres?

—Quiero... ¡pero voy a darte antes otra tomita de bicarbonato!...

# LA SEGUNDA EXPEDICION DE CATALANES A ORIENTE

Por CASIMIRO GIRALT

XI

## ADIOS AL CAIRO

Terminaba la actuación de «Mujeres y Flores de España» en la capital de Egipto. Aquella noche celebrábase en el Kursaal una función magna de despedida de la Compañía, dedicada a la colonia española.

El calor desde hacía algunos días, no era ya tan intenso tal vez porque el tiempo iba adentrando en el invierno; tal vez, y esto parece lo más probable, porque habíamos cambiado el programa del espectáculo.

Otra revista, «Postales de España», sustituyó a «País de Sol» y con esto queda dicho todo. La persecución del astro todopoderoso, dejó de ser implacable. Debíose sentir satisfecho del triunfo obtenido sobre nosotros, y al revés del fraile, traidor en un melodrama antaño famoso, que ordenaba añadir unas leñas a la hoguera a que se consumía el infeliz hereje, debió, su majestad el sol decirles a sus «satélites»:

—Eh, amiguitos, ¡basta!... menos carbón que está por las nubes, y se acabó el foco, puesto que esos desdichados cómicos han capitulado en toda regla.

Y, efectivamente, la persecución cesó a tiempo de que podamos contar, tales eran los estragos en nuestras filas.

Ningún cantante de la compañía se atrevía a llegar al sol. Al bailarín se le liquidaban los sueldos antes de percibirlos. A una tiplecita cómica se le saltaron los riñones. La característica, a la que no hubiera podido asustar a un escuadrón de caballería, empezó a languidecer ante aquel sol-dado con tanta saña. La tiple ligera corrió el peligro de volatizarse con un poderoso Bey, tan poderoso era el árabe y tan ligera la pobrecita. Las señoritas del conjunto, doraditas, medio asadas, estaban apetitosas como nunca y más que nunca eran una incitación a la antropofagia. Al bajo cantante y a dos coristas se les inflaron las cuerdas graves y estuvo a punto de ahorcarse con ellas. En fin, que renunció a seguir contando los excesos de aquel sol africano que tan africanamente nos persiguió con su venganza.

El bochorno hubiera sido epopéyico de figurar en la compañía algún divo cantante. Generosamente habíamos renunciado a ellos, a pesar de que el divo es el ser que se parece más al hombre. A veces llega a confundirse con el hombre mismo. Pero nunca llega a ser un hombre como los demás hombres. Es a lo sumo: un hombre-divo, ser no clasificado por Linceo en la escala zoológica, seguramente por desconocimiento de sus singulares características.

Sus facultades laríngeas privilegiadas se desarrollan a espensas de los demás órganos, con preferencia de los más cercanos, —el cerebro y el cerebelo, en la mayoría de los casos—, en términos tales que permitirían establecer lo siguiente a modo de ecuación algebraica: a mayor exceso de facultades laríngeas, menor desarrollo cerebral. En términos líos y llanos: a mayor voz menor inteligencia.

Sabido es que el equilibrio orgánico no puede burlarse impunemente y que la ley de la compensación en la naturaleza, más sabia que el hombre, se produce automáticamente. El reino animal nos ofrece, con el ejemplo, demostraciones irrefutables. Véase

se sino la limitadísima capacidad cerebral de los animales cantores de garganta maravillosa: el ruiseñor, el canario, el pío, el loro, etc., y obsérvese que, por lo contrario los animales de mayor contenido cerebral no disponen o disponen apenas de los órganos de la voz.

Esta teoría científica, que casi sin advertirlo acabamos de sentar y que gratuitamente brindamos a los «ombres de ciencia» nos explicaría cómo más de un «divo» del género lírico español se produce en la vida y en el arte de tan absurda manera. un gorrión metido a «divo», se comportaría a veces con mayor inteligencia, reflexión y compostura que su colega el cantor humano, y encantaría a las gentes y sobre todo a las Empresas, por la modestia del propio valer y lo discreto de sus pretensiones.

El «divo» es siempre el hombre que canta. El mundo es su voz. Su voz su obsesión. Canta en la cama, en la calle, en la mesa, en el café, en su «amerino». Y sin duda, por no prodigarse con exceso, donde menos canta es en el teatro.

Su voz hablando ha adquirido de tal suerte el hábito del canto, que habla cantando. Su acento es inconfundible: habla en tenor, habla en barítono, pero no habla en artista ni siquiera en cómico. Ninguno de sus compañeros sabe engolar como él la voz y decir, por ejemplo, a la dama, tropezando antes con la espada:

—Señora, condese: el destino lo quiso. Habéis jugado con mi corazón. ¡Qué horrible despertar! Con las primeras claridades del alba, vuestros escuderos encontrarán mi cadáver al pie de vuestra ventana.

—No... ¡por favor!...—exclama la atribulada dama, mesándose los cabellos con desesperación.

—Sí;—replica el doncel—, estoy decidido: ya que vuestro honor me impide matar a vuestro esposo: imoriré yo!

Este «moriré» ha sido arrojado a la noble dama, como un botellazo y con voz salida de una bóveda cavernosa.

La dama, entonces, continúa mesándose la peluca. —La «gargone» le impide acometer contra su propio pelo—, mientras el divo sonríe, después de sonreír a la ocupante de una butaca de cuarta fila, rubia como un flan, pone los ojos en blanco y espeta al público una romanza, previamente desfigurada con una serie de fiatos, calderones y falsetes interminables.

Lo dicho, claro está, que no se refiere a los cantantes abnegados y modestos ni a los «divos» inteligentes y faltos de presunción y de vanidad ni remotamente pueda referirse a los intrépidos cantantes de «Mujeres y Flores de España», que en la noche anterior, por complacer a unos compatriotas, se habían metido con «Marina», la popular partitura del maestro Arrieta.

Por cierto que el tenor no apareció en escena, como es obligado en la obra, tripulando el famoso bote, que avanza a sacudidas bruscas e intermitentes, hasta detenerse en medio de la escena. No. El bote quedó suprimido, a pesar de que figuraba en el bagaje de la compañía. Cumplíase con ello una venganza que acaricé, desde niño, contra la barquita famosa, el palo de armar decorado a guisa de remo y los tres clásicos

peldaños por los cuales desciende el tenor cuando parece va a embestir al público, avanzando hasta las candilejas.

¡De ningún modo! El tenor vistiendo como es obligado, como un veraneante de Caldetas —americana azul, pantalón blanco—, apareció modestamente por la carretera con su flamante sombrero de paja en la diestra y la siniestra mano apoyada tiernamente sobre el corazón.

La llegada a pie o en bote, carecía de importancia para un público desconocedor de la obra. De haber este detalle oscurecido el argumento, estaba dispuesto a echar mano de un ingenioso recurso, pues sabido es que el teatro es todo habilidad.

Un poste de tranvía, levantado al foro, derecha, con el cartelito siguiente: «Llorot al Puerto: 15 céntimos. Ida y vuelta: 25» habría bastado para explicar al público la procedencia del simpático Jorge.

La representación de la obra transcurrió felizmente. No fue, en honor a la verdad, una «Marina» de guerra, pero tampoco fue una «Marina» de secano. El público salió complacido y los artistas oyeron calurosos aplausos. ¡Qué más cabía desear, tratándose de una compañía de revistas?

En el escenario disponíase los bártulos para la partida. Sólo quedaba fuera de las cajas lo indispensable a la función de despedida. El tren salía a las siete de la mañana y por la noche debíamos debutar en el «Alhambra» de Alejandría, en cuya población se había hecho ya una «reclame» extraordinaria de la compañía y de sus espectáculos.

Se daba el caso insólito de que las músicas españolas, que en la capital de Egipto habían invadido la calle, popularizadas por los organillos, las pianolas y las orquestinas de los hoteles y cabarets, habían ya llegado a Alejandría, anticipándose a los representantes de la farándula española y constituyendo su mejor reclamo.

¡Alejandría! El nombre de la famosa ciudad, despertaba en nosotros una curiosidad irresistible. El trotamundos romántico, soñador de aventuras, que cada cómico lleva en sí, comaba inquieto con la eterna seducción de lo desconocido.

Dejar atrás lo visto, todo aquello que supo admirar o cautivar por un momento nuestro espíritu; prender en los rosales del camino nuestro rosario de recuerdos, cuya evocación habría de constituir el mejor tesoro de nuestra vida. Y avanzar hacia el hechizo de nuevos horizontes, de perspectivas lejanas, por los caminos que la fantasía hacía de quimera, en busca de la desconocida ciudad de ensueño, de un nuevo vino, de unos nuevos labios de mujer, de un nuevo libro, de una nueva Belleza, de una nueva concepción de Dios y en busca ¿por qué no? de unas hojitas de laurel que habrían de constituir lo más proclado de nuestro bagaje...

Aquella noche, terminada la representación, mi mejor despedida a la capital de Egipto, habría de ser un paseo romántico por las riberas del Nilo... Me acompañarían a él, el recuerdo de la puesta de sol más maravillosa que vieron mis ojos desde la Ciudadela del Cairo y el recuerdo de aquella pequeña Sadha, la famosa bailarina de Oriente...

# SOBRE EL 98

Por LUIS BELLO

Si la gente de letras se ha entretenido estos días hablando de la generación de 98, no es por recurso ni por matar el tiempo, sino porque hay algo vivo en ese recuerdo, algo que vuelve hoy a la actualidad. Lo curioso es ver cómo dan vueltas al tema literario, sirviéndose de él para intentar revisiones críticas, comparando la generación del 98 con otras generaciones escalonadas a lo largo de esta treintena de años.

Como cada cual dió su nota incoherente, puedo permitirme una exhibición de criterio personal, un poco desgarrado, porque, en el fondo, estas opiniones de crítica pura envuelven, inevitablemente, posos o heces autobiográficas; y, desde luego, bastante incompleto, ya que una parte de mi pensamiento deberá quedar inédita. ¿Por qué? Precisamente porque no es literatura.

Para mí, hay una gran ligereza, una incomprendible falta de respeto, en valerse del 98 como jalón de ruta para el kilometraje de la carrera literaria, sin ver, ante todo, su significado histórico. Falta de respeto a la Historia, claro está y a la tragedia de España en aquella fecha. Por muy ilustres que sean algunos hombres, siempre serán anecdóticos, incidentales, junto a la importancia del momento que les unió. Es un momento-cumbre, o un momento-hondonada—como ustedes quieran—. Tiene un sentido fijarse en esa fecha para separar dos épocas de la vida española. Pero ¿qué quiere decir 1910? ¿Por qué no 1909, con la Semana trágica, o 1917 o 1921? No. Una fecha grande se impone por sí, de modo indiscutible. Asimismo, si en cualquier vado de una gran fecha a otra, aparece algún hombre extraordinario o algún grupo de hombres capaces de caracterizar por su propia fuerza todo un período, no hará falta complicarlos con la Historia, a no ser que realicen actos históricos o influyan con sus obras en el curso de los sucesos.

El 98 es la pérdida del imperio colonial; la repatriación, el tratado de París; Costa llamando eunuco al pueblo y el pueblo

aplaudiéndole. Todo esto, además de otras cosas, es el 98. La generación que aparece entonces, es la protesta, la negación de todo lo anterior, la esperanza en una magna liquidación de culpas, incluyendo en el desastre la literatura.

La liquidación de culpas no llegó. Sagasta, Montero Ríos, por sí o por sus retoños, el turno de los partidos... Todo siguió. El 98 queda, por consiguiente, como un símbolo, no sólo del desastre, sino de la liquidación de culpas no realizada. Los representantes más visibles de esa generación, convencidos de que su fuerza no bastaba a remover el mundo, se atuvieron a su literatura. Pero los mismos que hoy sólo procuran destacar su labor literaria, no habrán olvidado que más de una vez intentaron pequeños actos colectivos y que algunos fueron políticos. Se mantuvieron aislados y su aislamiento fué, en cierto modo, lo que contribuyó a darles carácter.

Como han pasado 28 años, ha habido tiempo para que cada cual vaya siguiendo una trayectoria distinta y para que alguno niegue el 98. Es inútil. Me dicen que Roberto Castrovido ha publicado en «El Pueblo» de Valencia, un buen artículo hablando de esta infidelidad a su propia leyenda de los escritores del 98. Siento no haberlo encontrado. Pero es igual. Es inocente, por otra parte, querer borrar las huellas con la cola como hace el zorro, según oí muchas veces en Bilbao, aunque yo no lo he visto nunca.

Si fuera cierto que los escritores del 98, han sobrevivido a su espíritu, habría que lamentarlo por ellos. De alguno sé a ciencia cierta, que no es así. Pero la protesta que representaban—inadaptación a un medio bajo—subsiste, aunque una vida larga dé margen a cambios y mudanzas. El hecho de que esos escritores más significados, no se resignen a ser siempre «generación del 98», prueba que la fecha tiene un valor y un sentido independiente de las personas. Sería injusto pedirles a todos que, por la coincidencia de fechas, es decir, por la partida de nacimiento, conservaran hasta la muerte

el gesto unánime. Su obra escrita es bastante. Entonces fueron ellos «los del 98». Es posible que ahora empiecen a ser otros; y no habremos perdido nada. Valle Inclán suele decir—un poco molesto por la arbitrariedad con que ahora se agrupan nombres y establecen categorías—que si en la generación del 98 hubo algún carácter común fué la sustitución del culto a las formas literarias del siglo XVII por formas clásicas españolas de los siglos XV y XVI. Por eso incluye en lugar preferente a Rubén Darío y quizá por eso descarte a algunos que no tuvieron nunca tradición española de ningún siglo.

Como se ve, este criterio desorienta y con cualquier otro de índole puramente literaria ocurrirá igual. El 98 es una fecha histórica. La generación del 98 nace de motivos históricos. No creo que sea fácil estudiarla seriamente sin incluir el libro de Ciges Aparicio que entonces apareció con el título de «Memorias de la Cabaña. Y aún el de Martín Cerezo: «El sitio de Baler» tiene puesto obligado en la bibliografía del 98. Uno y otro con valor literario; porque sobre el concepto de la literatura podríamos hablar mucho; y no son artículos de fe los que se escriben descartando cualquier obra desencajada de la valoración pasajera, actual.

Como estamos demasiado cerca; o mejor dicho, como estamos todavía dentro del período histórico, es aventurado trazar rayas y fijar divisorias. Desde luego me parece pueril descubrir una generación cada quinquenio. ¡Es horrible pensar que yo he visto sucederse diez generaciones! Siento más inclinación a dividir la vida naturalmente: la generación de mis padres, la mía, la de mis hijos. Cuando se hunde en plena relatividad hasta la idea del tiempo, no estará mal medido por vidas de hombres. Pero si quisiera salirme de esta interpretación demasiado humana, sólo encontraría después de la generación del 98, la de 1923. Por mi parte, como la ambición es libre, prefiero situarme en 1930.